

Los generales Pacheco y Zires exclamaron llenos de asombro:

—¡Cómo! ¿es posible?

—Francisco Ortega y García, dijo el cura tendiéndoles también la mano, desde luego que comprendió que eran amigos de quienes nada tenía que temer.

—Pero es increíble, exclamó Pacheco, ¿no es el señor cura el pronunciado de Zacapoaxtla?

—El mismo, contestó Haro y Tamariz.

—Me parece que es exponerse mucho entrar á la Capital en estas circunstancias.

—Nadie me conoce, contestó el sacerdote, y además tomo las precauciones que son necesarias. Aquí cerca tengo tres hombres que juntos conmigo formamos un ejército.

—No tenemos tiempo que perder, dijo Haro interrumpiendo aquellas efusiones. Sentémonos y hablemos.

—Tanto más, agregó el cura, cuanto que tengo que salir por la garita antes de las nueve de la noche para no llamar la atención.

Los generales obedecieron y se sentaron alrededor de una mesa en que había un candelabro con luces y sobre ella útiles de escribir, periódicos, libros y papeles manuscritos.

—Nosotros, señor cura, comenzó diciendo Haro, hemos estado aquí muy inquietos al saber que el señor obispo de Puebla ha desaprobado el movimiento en Zacapoaxtla.

El cura se sonrió, contestando con voz clara:

—Esa desaprobación es aparente, para que no se muevan contra él las iras del gobierno. Buen cuidado tuvo Su Ilma. de mandarme decir con un comisionado que

CAPITULO XI.

El gran banquete.

ACABABAN de dar los clamores de las ocho de la noche, como se llamaba entonces á las campanadas que se daban en las iglesias á esa hora, cuando entró un hombre vestido de negro, y muy embozado, á la casa del general don Antonio Haro y Tamariz, con el cual estaban á la sazón dos personajes que eran el general don Francisco Pacheco y el general don Agustín Zires.

—Que entre luego, que entre luego, dijo Haro al asistente que le había llevado una palabra del recién venido.

Y al entrar el embozado al gabinete que aquellos ocupaban, y al tirar el embozo y dar la mano á Haro, continuó diciendo éste á sus compañeros:

—Señores, les presento á ustedes al cura de Zacapoaxtla.

siguiera adelante, procurando siempre obrar en consonancia con el directorio de México.

—¿Entonces qué significa el plan que usted ha proclamado dando por causales las amenazas del gobierno contra el obispo?

—Ese plan fué el primero que se me ocurrió; pero estoy dispuesto á modificarlo, de acuerdo con ustedes.

—Entonces, antes que todo, debemos dar á conocer á usted el que nosotros hemos condimentado.

—Lo oiré leer con gusto.

Entonces Haro y Tamariz, con entonación grave, dió lectura al célebre plan monárquico aquel, que según decían malas lenguas había sido redactado por el padre Miranda, en el cual se proclamaba emperador al mayor de los Iturbides, llamado también don Agustín, como el primero.

—Bueno, dijo el eclesiástico luego que terminó la lectura, difiere algo del mío en algunas cosas; pero está de acuerdo en lo principal, que es en la proclamación de «religión y fueros.» El señor obispo me mandó recomendación para que sostuviera firme esa bandera.

—Pero esa bandera tiene que ser enarbolada por una mano fuerte, dijo Haro.

—¿Y será fuerte la mano del señor Iturbide?

—¡Ah! respecto de eso, exclamó Pacheco que estaba con muchos deseos de decir algo, hay buenos informes.

—Y hay el prestigio de su nombre, continuó diciendo Haro, el cual será sostenido por los más grandes elementos que tiene la República: la iglesia y el ejército.

—Y la verdad es, contestó el cura ya convencido, que en los pueblos de indios suena mejor la palabra emperador ó rey, que la de Presidente.

—En ese caso, ¿podemos contar con usted para nuestro plan, señor cura?

—Por de pronto seguiré con el mío, que no pinta tan mal; pero cuando ustedes proclamen el suyo, lo secundaré con mis fuerzas.

—Arreglado. Ahora díganos usted lo que necesita.

—Que tan luego como ustedes puedan me manden algunas municiones y una imprenta.

—Lo haremos tan pronto como podamos.

—Y algún buen oficial para que me instruya mi tropa.

—Todo lo que usted quiera, y nosotros podamos, le mandaremos.

—Y con permiso de ustedes me retiro.

—¿No se lleva usted una copia del plan, señor cura?

—Nada de papeles comprometedores. Ya saben ustedes que cuentan conmigo, y yo sé del mismo modo que cuento con ustedes.

—Y dígame usted, señor cura, preguntó Zires ya de pié y estrechando con sus dos manos una del eclesiástico, ¿no teme usted que estando ausente les pase algo á sus tropas?

El padre Ortega y García contestó riéndose:

—Mis tropas sólo se dejan ver cuando quieren . . . para eso tienen muchos escondrijos.

Bebió un trago de aguardiente que le ofreció Haro, se despidió y se fué.

En el mesón próximo lo esperaban sus hombres con su caballo ensillado, montó en él con donaire y salieron paso á paso de la Capital como si fueran hombres de campo que se retiraran á su hacienda.

Entre tanto los tres generales se habían quedado res-tregándose las manos de puro contento, diciendo Haro con efusión:

—¡Este es todo un hombre!

—¡Muy audaz! exclamó Zires.

—Yo le encuentro el aire de Morelos, dijo por su parte Pacheco.

Y habían dado apenas estas muestras de regocijo, cuando el asistente se presentó diciendo que allí estaba un señor que decía ser amigo.

—¡Que diga su nombre! exclamó Tamariz.

—Ignacio Comonfort, dijo el desconocido que había seguido de muy cerca al criado.

Los tres generales se quedaron de una pieza.

Viendo Comonfort que nada decían, siguió hablando así:

—Me fueron á avisar que estaban ustedes conspirando con un padre que vino de Puebla, ví salir á éste y pude mandarlo coger si me hubiera venido el antojo; pero somos amigos y he preferido entrar á conspirar con ustedes.

Haro fué el primero que volvió en sí, y dijo todavía con la voz temblorosa ofreciendo una silla:

—Siéntese V. E.

Comonfort se sentó y dijo:

—Pueden ustedes continuar: somos amigos.

—Señor Presidente, dijo Zires atragantándose, nosotros no somos conspiradores.

—No somos conspiradores, apoyó Pacheco.

—Entonces, ¿qué fué lo que ustedes hablaron con el clérigo?

—Espero no olvidarán ustedes que he venido á brindarles con la oliva de la paz.



—No hay clérigo ninguno que haya venido, dijo audazmente Tamariz.

—¡Si yo lo he visto!

—Puede V. E. haberse engañado.

—Bueno: pueden ustedes negar cuanto gusten, lo cual no destruye en modo alguno los datos que yo tengo para saber que ustedes conspiran. Ahora no vengo aquí como Presidente sino como amigo. Deseo saber lo que ustedes pretenden, lo que se proponen, lo que desean, y acaso podré complacerlos. De veras se los digo: no quiero emplear con ustedes medidas de rigor.

—Se nos ha calumniado si alguno á ido á contar á V. E. semejante historia. V. E. sabe que lo estimo, que soy su amigo leal y que esa amistad fué la que me estrechó á desistir del plan de San Luis que tenía mil probabilidades de triunfo, contestó Haro alcanzando apenas aliento.

—Peor es meneallo, contestó Comonfort riéndose. ¿Me dan ustedes su palabra de honor de que van á permanecer quietos en lo sucesivo y de que nada harán en mi contra sin participármelo?

—¡Señor Presidente! exclamó Zires.

—En cambio yo les doy la mía de no proceder contra ustedes cuando ustedes me participen que ya van á levantarse.

Los tres se miraron sin saber qué contestar, y con la inquietud de quienes estando comprometidos no podían ponerse de acuerdo para dar una solución conveniente.

—Está bien, señores, dijo Comonfort levantándose: espero no olviden ustedes que he venido á buscarlos ofreciéndoles la oliva de la paz.

Se despidió y se fué; y hasta que ya había salido de

la casa de Haro y que los tres generales lograron reponerse de la sorpresa, Zires exclamó dando un fuerte puñetazo en la mesa, que hizo rodar el tintero:

—¡Debíamos haberlo cogido!

Y Pacheco:

—¡Debíamos haberlo matado!

—¿Ustedes creen que no tenía á sus gentes en la calle? preguntó Haro.

—¿Y qué? después de muerto. . . .

Los tres generales se separaron á las diez, cariacontecidos, y durante una semana guardaron la mayor circunspección; pero volvieron á perder el miedo, conspiraron más abiertamente y fueron aprehendidos, desterrándoseles luego que el benigno gobierno se impuso de todos sus papeles comprometedores. Estaban convictos y confesos, y con toda cortesía se les mandó á veranear á otra parte, logrando Haro escaparse é ir á reunirse con su amigo el cura de Zacapoxtla, el cual había dado mucha guerra en los últimos meses, logrando reunir más de dos mil hombres que puso gustoso á las órdenes de Tamariz.

Tenemos que pasar por alto los mil acontecimientos que menudearon durante los primeros meses del gobierno de Comonfort, que no obstante su benignidad y su moderantismo fué cruelmente hostilizado por los miembros de la iglesia en primer lugar, y por los ambiciosos de baja estofa en segundo lugar, todo lo que tienen bien comprobado los historiógrafos, y dando un salto necesario, porque de otro modo nos eternizaríamos y tenemos ansia de llegar á la parte candente de nuestra relación, llegamos á una fecha que fué significativa entonces: el 14 de Abril de 1856.

Los balcones, las azoteas, las puertas, las aceras, las

calle que no tenían buenos pavimentos como ahora, todo estaba lleno de una concurrencia enorme, principalmente las avenidas de San Francisco y los alrededores de la Alameda. En donde está ahora el que llaman pabellón morisco, se levantó un templete y á los lados las tribunas para la concurrencia distinguida, pues que aquí inter nos, todos nuestros gobiernos democráticos han tenido tendencias á la aristocracia ó por lo menos á codearse con la cohorte que aquí se llama de elevada alcurnia. Se formó una valla de soldados desde la puerta de palacio hasta el primer escalón del templete, y por el centro de esa valla hizo el camino á pié el señor Presidente acompañado de sus ministros, de su Estado Mayor, del Ayuntamiento y de cuantos tenían participación en el escuálido presupuesto de entonces.

Por supuesto que tanto á la salida de palacio del primer magistrado y su séquito, como á su llegada al templete, con un intervalo de media hora, se dispararon salvas de veintiun cañonazos.

Mientras el Presidente, rodeado de sus generales cubiertos de galones, repartía la mar de cruces y medallas al ejército vencedor en Puebla, los ministros formaban dos grupos á derecha é izquierda, estando en el de la derecha, entre otros, Montes y Payno. Este último acababa de abrazar á un amigo íntimo que venía de Guanajuato.

—Cuéntame lo que hay, le dijo el amigo á quien llamaremos Blas Pérez, á cabo de dejar la diligencia, que por cierto se nos volcó anoche, y no he tenido tiempo de enterarme; pero te divisé, me abrí camino con los codos y aquí me tienes.

—Sabrías por los periódicos que el eterno perdonado Haro y Tamariz, logró fugarse cuando lo llevaban á

Veracruz y unido al cura de Zacapoaxtla y á otros miles de descontentos que se le incorporaron, formó un grueso cuerpo de pronunciados por «religión y fueros» que se hizo fuerte en Puebla.

—Eso ya lo sé.

—Comonfort les tomó la plaza á viva fuerza, cogió á todos prisioneros, á nadie fusiló, según su costumbre, y ahora reparte las condecoraciones de la paz á los jefes y oficiales que llevaron á buen término aquella guerra.

—¡Bonito contraste! ¡guerra y paz!

—A quienes sí ha castigado soberanamente don Ignacio ha sido á los padres, mandándoles quitar algunos de sus bienes.

—Usted lo ha dicho, compañero, dijo Montes terciando en la conversación, algunos bienes solamente cuando debía quitárselos todos.

—Poco á poco se anda mucho, contestó Payno con calma, el señor Presidente no quiere dar golpes rudos que provocarían un levantamiento general.

—¿Y con qué levantarían siquiera diez hombres si los dejaran sin recursos? Usted sabe, compañero, tan bien como yo, que el dinero de la iglesia es el que hace todas las revoluciones.

Don Blas Pérez, temiendo que se agriara la conversación, la interrumpió preguntando:

—¿Y qué sigue después de esta ceremonia?

—Sigue un banquete, un gran banquete para quinientas personas, como nunca se ha visto en México. Están puestas ocho ó diez mesas enormes en la glorieta central de la Alameda, vé á verlas si quieres antes de que se vaya para allá la concurrencia. Presenta el local un golpe de vista soberbio.

—No, no voy, no me separo de tí porque quiero que me convides al banquete. ¿Podrás introducirme?

—Ya lo creo. En primer lugar yo he hecho todos los gastos como ministro de Hacienda, y luego, tú eres un hombre de importancia en la política.

Don Blas se sonrió, y en seguida se entretuvo mucho viendo el solemne reparto de las condecoraciones, que acabó hasta cerca de las tres de la tarde. Todos, á esas horas, estaban ya viendo estrellitas de pura necesidad y se precipitaron más que se dirigieron á ocupar sus asientos respectivos en las catorce mesas.

Como siempre la *mesa oficial*, aunque todas las mesas eran oficiales, se ocupó por el Presidente y por la crema de los personajes que figuraban en la política, en el ejército y en la diplomacia.

Las crónicas dijeron que las viandas y el servicio estuvieron espléndidos; pero no hay que creer á los cronistas de las fiestas porque generalmente cuentan muchas mentiras. En todas las grandes comidas los *restauranteros*, esto es, los dueños de las fondas, son los que hacen su negocio sacando sus conservas podridas, y en ellas frecuentemente es en donde pierden el estómago las generaciones enteras de los políticos.

Cuando se llegó al Champagne en la mesa oficial, y en las otras mesas, algo espumoso como sidra, que también dijeron que era champagne, se iniciaron los brindis por los ministros, siguieron los generales y después los diputados, diciéndose muy bonitas cosas; pero el brindis más resonante, y también más lleno de elocuencia y fogosidad, fué el de Guillermo Prieto, que pidió gracia para los vencidos.

—Hombre, dijo Cervantes oficial de alta graduación

á su compañero Calderón que tenía al lado, gracia para Haro y Tamariz que ha defecionado tantas veces!

—¿Y gracia de qué pena? preguntó Calderón, ¿á quién se intenta condenar á muerte?

—Nó, lo que se quiere es que no vayan á los presidios y que se les devuelvan los empleos.

—Dicen que mandarlos á Ulúa ó á Acapulco, es condenarlos á muerte.

—Pues de seguro que Comonfort los indultará á todos, pero así le irá.

—Sí, dentro de dos ó tres meses volverán á pronunciarse.

Los brindis se cerraron con uno de Comonfort.

Los que estaban cerca gritaron:

—¡Viva el primer hombre de Estado de América! . . .

¡Viva el héroe da la paz! . . . ¡viva el genio de la guerra y de la elocuencia! . . . ¡Viva el gran Comonfort!

Y terminó el banquete entre los plácemes de adula- dores y adulados.



CAPITULO XII.

La Constitución de 1857.

ENTONCES no había más Cámara que la de diputados, seguramente porque el Senado se consideró inútil en este país, como siguen diciendo muchos que lo ha sido desde que se fundó, y las sesiones las celebraba el Congreso Constituyente en un amplio salón que se le destinó en un ángulo del Palacio nacional, salón que se quemó varios años después, quién sabe si por algún mal intencionado, habiéndose perdido á la vez algunos objetos históricos de alto precio. Las estrechas galerías se llenaban de concurrencia todas las tardes, y los que no cabían esperaban en los corredores las noticias respecto de la discusión y votación del proyecto de ley constitucional que habían presentado Arriaga y sus compañeros de comisión.

Los diputados contaban con un buen número de piezas contiguas para sus oficinas, y entre ellas estaba una